



NADAR

MORIR

ARTURO PADILLA DE JUAN



NADAR O MORIR

ARTURO PADILLA DE JUAN



Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© Arturo Padilla de Juan, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8276-5
Depósito legal: M-18800-2015
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Cristian,
un gran amigo
que saca lo mejor de mí.*

1

–¡Muy bien, chicos! ¡Acabamos por hoy! –anunció Santi tocando el silbato–. ¡Todos a las duchas!

Los alumnos fueron saliendo de la piscina y se encaminaron extenuados a los vestuarios. Las pruebas de natación habían sido muy duras. Realizaban las clases de Educación Física en la piscina cubierta del gimnasio municipal, y Santi, el profesor, cada vez era más exigente con los ejercicios de natación. Se acercaban las evaluaciones finales y el estrés de aquel primer año de bachillerato se aunaba con la llegada del calor veraniego.

Bruno fue el último en entrar en el vestuario. Escuchó varias risas y murmullos cuando abrió la puerta. Sus compañeros estaban apiñados alrededor de El Lagartija y percibió cómo todos enmudecían al verlo aparecer. Eso le dio mala espina. Caminó hasta su taquilla sin inmutarse, introdujo la llave en la cerradura y sacó la bolsa que contenía la toalla y la ropa de recambio.

–¡Este vídeo también es buenísimo! –comentó El Lagartija entre su séquito–. Mirad el piño que se da el motorista.

El Lagartija sostenía el móvil para que todos pudieran ver la pantalla. Bruno se tranquilizó al saber el motivo de las risas. Aun así, no bajó la guardia. De El Lagartija no podía fiarse. Se desvistió en silencio, en una esquina del vestuario, mientras sus compañeros contemplaban el vídeo con expectación. Quería pasar desapercibido, pero tenía la sensación de que sus compañeros le lanzaban miradas furtivas de vez en cuando.

Después de haberse desnudado, se puso las chanclas y se encaminó hacia las duchas con el gel y la toalla. Era el primero en ducharse. Dejó la toalla en los colgadores y se dirigió a la última cabina.

No quería ningún trato con sus compañeros. Le daba igual no tener amigos en clase, solo pretendía sacarse el bachillerato y largarse de allí cuanto antes. Lo único que pedía era que lo dejaran tranquilo, pero eso no siempre ocurría. El Lagartija se había empeñado en hacerle la vida imposible y había conseguido ganarse el apoyo del resto de los compañeros. Era un chico astuto y maquinador, pero sabía ser rápido y escurridizo como una lagartija cuando había problemas. Por eso, tenía la intuición de que estaba tramando algo cuando había entrado en el vestuario.

Presionó el botón de la ducha. Escuchaba las risas de sus compañeros en el vestuario, pero dejó de prestarles atención en cuanto el agua empezó a caer. Levantó el mentón mientras el chorro impactaba contra su cara y le recorría el cuello, el pecho y el resto del cuerpo. Estuvo varios minutos bajo el agua revitalizadora de la ducha. Cuando abrió los ojos, aún seguía solo. Normalmente, todos los chicos querían ser los primeros en

ducharse para aprovechar la media hora de recreo que les quedaba después de clase. ¿Por qué tardaban?

Se enjabonó deprisa. Ya no escuchaba las risas de sus compañeros en el vestuario. Ni siquiera oía murmullos. Reinaba un silencio sepulcral. Se aclaró con gran rapidez. Los chorros de agua le acribillaron la piel como mil agujas. El corazón le empezó a latir más fuerte. Al salir de la ducha, un escalofrío le sacudió el cuerpo.

Su toalla había desaparecido de los colgadores.

Al acceder al vestuario, sus peores temores se confirmaron. No había nadie. Lo habían dejado completamente solo. Sus ojos se clavaron en la taquilla donde había dejado la bolsa deportiva. Estaba vacía.

Los latidos del corazón retumbaron en las cuatro paredes del vestuario. Empezó a abrir las taquillas desesperadamente. Todas estaban vacías. También buscó en los altillos, en las papeleras, en los lavamanos..., pero no encontró ni rastro de la bolsa.

–¡Eh! ¡Devolvedme la ropa! –gritó acercándose a la puerta del vestuario–. ¡No me hace ninguna gracia!

Solo obtuvo el silencio por respuesta.

–¡Sois unos desgraciados! ¡Devolvedme la ropa!

Gritaba al vacío.

Dio un puñetazo en la puerta. El Lagartija no tenía ninguna intención de devolverle la ropa. Disfrutaba humillándolo. Seguramente habría escondido la bolsa en alguna parte del gimnasio y esperaba que saliera a buscarla desnudo. Solo de pensar en la idea, una parálisis se adueñaba de su cuerpo.

Se miró en el espejo del vestuario. El reflejo le devolvía la imagen de un chico fuerte, atlético, aparente-

mente imbatible, pero sus ojos delataban un interior frágil y atormentado. Sus pupilas traslucían un oscuro sentimiento de culpabilidad que minaba su autoestima. No era una buena persona. Quizás estuviera pagando por ello...

Entreabrió la puerta del vestuario.

El pasillo estaba despejado. No sabía dónde estarían sus compañeros, pero seguro que no andaban muy lejos. Pensó que la mejor opción sería pedir una toalla en recepción. Después buscaría la bolsa.

Salió del vestuario tapándose por delante. En ese instante, la luz de un flash lo deslumbró. Al abrir los ojos, distinguió una sombra que corría por el pasillo hasta desaparecer. El Lagartija. Era imposible alcanzarlo.

Un sudor frío le abrasó la piel. Caminó deprisa por el pasillo. Al llegar a recepción, se escondió detrás de una columna y desde allí le pidió una toalla a la recepcionista. La chica enseguida le trajo una toalla y se la entregó mirando hacia otro lado.

–Muchas gracias –expresó aliviado mientras se enrollaba la toalla por la cintura–. Por cierto, ¿no habrás visto una bolsa Adidas de color negro?

–Creo que tus compañeros se la han llevado –le dijo la recepcionista con cierta compasión–. Han salido hace cinco minutos.

Bruno inspiró hondo mientras contemplaba la puerta del gimnasio. ¿Qué podía hacer? Una opción sería pedirle ayuda a Santi. El profesor solía ser de los últimos en salir y le podría echar una mano buscando la bolsa. Además, también era el tutor de clase y seguramente no pasaría por alto lo sucedido. Aun así, prefirió

no avisarlo. Eran sus problemas y no le gustaba dar pena a nadie ni que se compadecieran de él.

Salió del gimnasio con la toalla enrollada. Hacía un sol de justicia. Se puso la mano de visera mientras observaba su alrededor.

Escuchó unas risas tras de sí.

–¡Qué sexy sales a la calle!

Bruno se giró maldiciendo su suerte.

Se encontró a Mónica y dos amigas suyas sentadas en un banco. Las tres lo contemplaban con una sonrisa burlona.

–¡No estoy de humor!

–¿Estás buscando algo? –preguntó Mónica con un brillo pícaro en los ojos.

–Nada.

–Entonces, supongo que no será tuya esta bolsa negra... –reveló mostrándole la bolsa deportiva bajo el banco.

Bruno suspiró resignado.

–Dámela.

Mónica se puso de pie.

–¿Y por qué tendría que hacerlo?

Se quedaron uno frente al otro. Mónica lo contemplaba con unos ojos desafiantes y altivos mientras una peligrosa sonrisa se esbozaba en sus labios. Había que reconocer que era la chica más atractiva del curso, y especialmente cuando exhibía aquella sonrisa sensual y malévola.

–Mónica, dame la bolsa.

–¿Y qué gano yo a cambio?

–No empecemos con juegucitos. Dámela.

–¡Está bien, aquí la tienes! –dijo entregándosela con brusquedad.

Bruno la cogió de improviso con los dos brazos. Mónica se le acercó con un centelleo en sus ojos verdes.

–Me gusta cuando te enfadas –le susurró al oído mientras le acariciaba la cintura.

Bruno la contempló inmóvil mientras notaba su mano deslizándose lentamente hacia abajo.

–Ahora ya tienes lo que querías –prosiguió con una voz melosa–. Por eso no necesitarás la toalla.

Al instante, le quitó la toalla que llevaba puesta. Bruno se cubrió enseguida con la bolsa deportiva y, sin saber qué decir, entró de nuevo en el gimnasio, dejando atrás las risas estúpidas de las chicas.

Abrió la puerta de casa. Había sido una mañana horrible, uno de esos días en que todo salía mal. Tenía el ánimo por los suelos. Sus compañeros le hacían sentir un ser despreciable a quien podían insultar y degradar al extremo. Su vida no valía nada, no tenía amigos, no tenía ilusiones, no tenía dignidad. Muchas veces pensaba que sería mejor acabar con todo. Incluso se había preguntado cuántas personas asistirían a su funeral. Aparte de la familia, dudaba que asistiera algún compañero de clase. No le importaba a nadie.

El Lagartija se la tenía jurada y aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de él. Como líder carismático que era, siempre conseguía que el resto de los compañeros secundaran sus propuestas. Todos lo respetaban o temían, pero nadie le llevaba la contraria.

Mónica era un caso aparte. Ella no se dejaba mandar por nadie y tenía una relación con Bruno bastante peculiar. Mientras que algunas veces se le insinuaba con descaro, otras veces no dudaba en humillarlo, así que resultaba difícil entender su comportamiento.

Entró en el comedor y se dejó caer en el sofá. Había decidido no ir a clase después del recreo. Sus padres estaban trabajando, así que no podían controlar lo que hacía. Seguramente no los vería hasta la hora de cenar, pues los dos trabajaban muchas horas para hacer frente a la hipoteca y otras deudas.

Flecha dio un golpecito en el cristal del acuario, como si aquel pececito quisiera llamar su atención. Bruno se levantó del sofá y se aproximó al acuario que presidía la estantería del comedor. Era un acuario de agua salada grande y majestuoso, lleno de algas, rocas y corales. No obstante, solo lo poblaba un único inquilino.

—Veo que tienes hambre, ¿eh?

Abrió el bote de comida y arrojó varias virutas en el agua.

El pececito fue comiéndose las virutas mientras se movía a una velocidad fugaz dentro del acuario, de ahí el nombre de Flecha. No sabía de qué especie era, pero había muchos iguales cuando se hizo con él en la Costa Brava. Tenía las escamas doradas y brillantes, con unas líneas azules y rojizas que pincelaban su cuerpo.

Estuvo un rato contemplándolo. En realidad, cuidar de aquel pececito era lo único que le hacía feliz, la única motivación que tenía para levantarse cada día. Representaba mucho para él. Después de lo que había

ocurrido un año atrás, era todo cuanto le quedaba y se sentía obligado a protegerlo. Sus padres habían insistido en comprar más peces, pero él siempre rechazaba la idea porque no quería correr el riesgo de que otros peces lo atacaran.

Se levantó para desperezarse y se dirigió a la habitación.

Como no tenía nada que hacer, encendió el ordenador portátil y accedió a la cuenta de Facebook. Al abrir la página, vio la notificación de que lo habían etiquetado en una nueva foto. Tuvo un mal presentimiento. Al clicar en la notificación, sus pupilas se empequeñecieron.

Él saliendo desnudo del vestuario.

Como cabía suponer, El Lagartija había sido el artífice de la foto. Varios compañeros de clase ya habían escrito comentarios. Los leyó detenidamente mientras se le humedecían los ojos y le temblaban los labios. Comentarios sarcásticos, hirientes, de burla.

Dejó de leer y se levantó con ímpetu.

—¡Basta ya!

Empezó a dar vueltas en medio de la habitación.

—¡Dejadme en paz! —gritó a las cuatro paredes—. ¡Dejadme en paz!

La voz se le quebró. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Volvió a ver la foto en la pantalla. Se acercó al ordenador y dio un fuerte puñetazo en el teclado.

—¡Ya he pagado por lo que hice!